

problemas son mucho menos originales e idiosincrásicos de lo que solemos pensar (precisamente desde marcos cognitivos marcados por los relatos nacionales y los esencialismos autorreferenciales). Por otro, el “giro material” de las ciencias sociales que vuelve su mirada a las cosas como depositarias de prácticas, disputas, memorias y símbolos de la comunidad. No solo los grandes monumentos construidos con una explícita finalidad conmemorativa, entre los que, por cierto, el Valle de los Caídos constituye una excepción incluso comparado con los mausoleos de los autócratas comunistas asiáticos. También las más humildes moradas se han cargado de capital simbólico y a su pesar – de vecinos y políticos municipales – se han convertido en “lugares de memoria”.

Por todo ello este recorrido por las “guardias del lobo” (pobre animal) resulta tan sumamente interesante y sugerente, aunque en ocasiones demasiado descriptivo y exhaustivo. Y plantea numerosos interrogantes sobre la gestión de ese legado, entre la nostalgia y su posible instrumentalización por nuevos movimientos políticos, entre su explotación turística por parte de las autoridades locales, un “necroturismo” que banaliza la memoria, y su potencial didáctico para los discursos críticos sobre el pasado. Un ejemplo es la casa natal de Adolf Hitler, para la que se han sugerido alternativas tan distintas como reconvertirla en museo, albergar un centro con usos sociales y benéficos, darle un uso administrativo como una comisaría de policía, o simplemente su demolición. El caso de Predappio, ciudad natal de Mussolini, es también muy expresivo de las dificultades de evitar que esa función didáctica no

quede oscurecida por la alargada sombra del dictador. Lo cual dice mucho, de paso, sobre cómo tras su muerte se ha seguido alimentando – por los medios de comunicación, por la cultura y el arte, por los propios historiadores – el supuesto carisma y *appeal* del criminal. Pero este es otro tema. (J. Muñoz Soro)

Sebastiaan Faber, *Franco desenterrado. La segunda transición española*, Barcelona, Pasado y Presente, 2021, pp. 228, ISBN 978-84-124024-5-2

Advertía ya Karl Popper en su clásico opúsculo *La miseria del historicismo* que la creencia en un destino histórico es pura superstición. Viene al caso esta admonición por el tema clave que recorre este libro, un tema también crucial para la izquierda española: ¿Es España una democracia imperfecta, y lo es por el legado del Franquismo, con el cual no pudo o no quiso romper la Transición? El mérito del hispanista holandés Sebastiaan Faber ha sido reflejar, tanto en sus interesantes introducciones como en las entrevistas que reproduce, la multiplicidad de opiniones particulares y de sensibilidades “políticas” dentro de la izquierda sobre la interpretación y gestión del pasado dictatorial. Este es, por tanto, un libro abierto, sin tesis de partida ni conclusiones cerradas, aunque sí se pueden extraer algunas.

La primera es obvia: España es una democracia imperfecta, como lo son todas las realmente existentes, aunque los rankings mundiales sitúen a España como una de las democracias más avanzadas del mundo (el *Democracy Index* de 2019 la sitúa en la posición 16, por delante de Francia). La segunda es

que la raíz de algunos problemas que afloran hoy en una auténtica crisis de legitimidad del sistema democrático español debe buscarse en el Franquismo y en la particular naturaleza de la transición política pactada, lo que se ha llamado una "transición por transacción". Uno de esos problemas se sitúa en el ámbito de la Judicatura, con una jurisprudencia que ha afirmado repetidamente la legalidad del derecho franquista y su continuidad, como si ese "de la ley a la ley" de Torcuato Fernández Miranda hubiera marcado con hierro la primacía de la ley sobre la democracia en España (en temas que van desde la represión de la protesta en la calle al referéndum de independencia de Cataluña). Aun así, ejemplos como el muy reciente de la sentencia sobre el aborto de la Corte Suprema de EEUU enseñan que los juzgados se están convirtiendo a menudo en la última playa de la política, no solo en España.

Otras cuestiones se remontan más allá del Franquismo, si bien este les dio la posibilidad de imponer su hegemonía social, como es el caso del nacionalcatolicismo. Mientras que otros déficits democráticos pueden explicarse por una degradación democrática, especialmente acusada en las dos últimas décadas en la libertad de expresión o la corrupción sistémica y el uso ilegal de los aparatos del Estado por parte de los gobiernos del PP. Las vinculaciones personales y las nostalgias imperiales – en la línea de Elvira Roca Barea y su *Imperiofobia y leyenda negra* – de un partido como VOX no significan, y así lo señalan varios entrevistados, que este no sea ante todo una expresión de los movimientos europeos de "extrema derecha 2.0", según la definición de

Steven Forti. Lo preocupante es, como señala Jaume Claret, es que la derecha española haya sido incapaz de construir una genealogía política alternativa que conecte con otras ramas del conservadurismo europeo, en temas que van desde las políticas sociales al desafío territorial pasando por el relato del pasado de la Guerra Civil y la dictadura.

En la gestión de ese "pasado sucio", como lo ha llamado José Álvarez Junco en un reciente libro, España tampoco es una excepción plena, como han señalado numerosos estudios recientes, pero sí una excepción parcial, con botones de muestra tan engorrosos como el Valle de los Caídos. Las desconcertantes imágenes de la exhumación de Franco en 2019 demostraron una vez más que la democracia trata todavía mucho mejor a Franco, a sus familiares y defensores, que al revés. En esto todas las personas entrevistadas (historiadoras, periodistas, juristas...) parecen estar de acuerdo, así como en la importancia de revertir de alguna manera esa impunidad.

Sin embargo, una brecha separa a quienes defienden que la herencia franquista determina *in totum* el presente político, social, cultural o económico, trámite el "régimen del 78". Como el Emilio Silva, fundador de la primera asociación para la recuperación de la memoria histórica, quien afirma que «la mayoría de los gobiernos que ha tenido España desde el final de la dictadura hasta hoy, independientemente del partido político que los haya titularizado, han estado compuestos de forma mayoritaria por hijos del régimen» (afirmación que debería ser refrendada con un estudio prosopográfico) o que «en la

Comunidad de Madrid, en pleno 2020, no existe hoy, ni siquiera en proyecto, el desarrollo de una investigación sobre la represión franquista» (algo que no responde a la verdad). También el periodista Antonio Maestre, quien ha estudiado la oligarquía empresarial del Franquismo, el historiador Francisco Espinosa, la escritora Cristina Fallarás, para quien «casi todo hoy en España es franquista o un legado del Franquismo», o la también periodista Montse Armengou, quien afirma que «muchos de los que están hoy en el poder son herederos biológicos, sociológicos y económicos de las élites franquistas».

Los historiadores Marije Hristova y Ricard Vinyes, por el contrario, sostienen que la memoria colectiva

implica la coexistencia de distintos relatos, y el Estado no puede imponer una interpretación determinada del pasado. El crítico literario Ignacio Echevarría critica la tendencia dominante en la izquierda de explicar por defecto todos los problemas de España con el Franquismo y su incapacidad para alejarse de ese paradigma. Porque una cosa es pedir verdad, justicia y reparación para las víctimas, así como buscar en la revisión siempre crítica del pasado la genealogía de las luchas del presente y los proyectos emancipadores de futuro, y otra encontrar en el pasado las causas que no se combaten en el presente y caer en un historicismo sin salida que menoscaba la interpretación de los retos actuales. (*J. Muñoz Soro*)